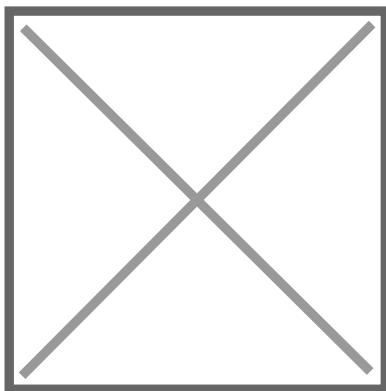




Crónica de una generación

En uno de sus mejores textos autobiográficos -"Crónica de una Generación"-, nuestro Luis Oyarzún recuerda que padres y mayores lo aconsejaban en los días de iniciación: "¿Por qué no tomas la literatura como adorno? Nadie se gana en Chile la vida escribiendo. En cambio, si eres abogado o médico, disfrutarás de bienestar y tranquilidad..."

-Decididamente, no quería -no queríamos- esa tranquilidad, y ya a los 15 años, apenas encontrados los primeros amigos -¡descubrimiento superior al más grande col-, empezamos a gozar de la mágica inseguridad del día y de la noche.

Otro hombre de la misma época, el poeta Hugo Goldsack, confesaba, con motivo de la obtención del Premio Nacional de Periodismo, que él quería ser pintor y que sus padres ejercían tenaz rechazo con el argumento de que "no podía elegir la carrera de botracán". Más de una vez he escrito acerca de aquel tiempo en relación con el actual. Entonces, repito, no nos tomábamos los colegas. Los abandonábamos. Nuestra rebelión estaba dominada por un signo de desesperación individual y romántica. Como el nórdico Ola Hanson, vivíamos preguntándonos: "¿Mi yo? ¿Dónde está mi yo?". La nuestra no era la pasión del egotismo. Era la húsqueda de la afirmación personal. En medio de una cultura de valores desnutridos y añejos, dignos exponentes de una edad burgue-

sa en franco deterioro, patentizábamos nuestra incorrupta soledad con el afán de poderío de Nietzsche. No temíamos la tempestad. Temíamos a los temerosos de la tempestad.

La literatura como adorno. Escogíamos autores. Desdénabamos autores. "Pasamos Jorge Cáceres y yo -escribe Luis Oyarzún-, bruscamente de Salgari, Alejandro Dumas y Amado Nervo, a una constelación de libros que convertimos en acicates de nuestra soberbia y alimento de nuestras almas. Su precoc interés filosófico había llevado a Jorge

Millas a leer ya por esos años a Ortega, Freud, Spengler, Bergson, Simmel, y, apenas nos conocimos, nos inició en los secretos de la Revista Occidente. Nicanor Parra, más concentrado en sus caprichos puramente poéticos, tocaba el tikelele, escuchaba largas horas a los charlatanes de la Quinta Normal y se solazaba con García Lor-

ca y Alberti".

La literatura como adorno. He aquí el adorno heroico por el que muere Héctor Barreto en 1936. "Tenía que salir de su torre de sueños, pero sin abandonarla, para respirar el aire vital de lo externo, de lo que es complemento del ser, de lo social. Allí su sano individualismo podía expandirse, cimentarse, vigorizarse", testimonia su amigo, su camarada Homero López Montenegro en 1938. He aquí el adorno trágico que lleva a suicidarse de un balazo al poeta Jaime Rayo en el verano de 1952. No, la literatura es algo más que un

adorno, algo más que una gárgola, que un capitel, algo más que un pedazo de estuco en el edificio de la paz burguesa. La literatura es algo peligroso, nocivo, demoleedor para esa paz de cartón piedra.

"Después de varios años de ausencia -evoca Oyarzún-, Pablo Neruda regresó en 1937 con España en el Corazón, que leyó en el Salón de Honor de la Universidad de Chile al fundar la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura, en la que participaron escritores de todas las tendencias estéticas. Bastante nos costó a Jorge Cáceres y a mí vencer nuestra timidez y dirigimos a visitar al poeta, provistos de acendros poemas escritos en su honor. Nos encontramos con un hombre cordial, sencillo, que nos ofreció de inmediato su amistad. Vivía en ese tiempo en un edificio de departamentos frente al Parque Forestal, y con naturalidad de viejo compañero nos invitó a pasear por las avenidas. Era un día de verano y nos tendimos en el pasto, bajo el follaje rojo de unos cerezos del Japón. Neruda nos hizo notar la maravilla del contraste de ese rojo con el azul impecable del cielo, y en ese instante mismo empezó a ejercer sobre nosotros un embrujo que duraría -que en cierto modo se dilata hasta hoy- y que nos marcaría con huellas perdurables".

Neruda marcaba a todos con la poesía de la destrucción del viejo hombre burgués. No queríamos ser médicos ni abogados; queríamos ser escritores. Sólo escritores. "Residencia en la Tierra" era el epitome de la abolición de un mundo. Neruda había rehusado la cátedra del profesor. Había preferido las furias y las penas del poeta. La literatura dejó de ser adorno, menester de domingo. Se convirtió en un programa de resurrección y muerte para amar a San Juan de la Cruz, a Teresa de Ávila, a Dostoiévski, a Tolstoy.



Ullmann Molino 22-VI-1998 Psg

Crónica de una generación [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica de una generación [artículo] Filebo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile